

## Silencios

Siempre he disfrutado del silencio. Las pausas entre palabras y sonidos están llenas de sinuosidades, de sorpresas y de insinuaciones. Creo que no podría comprender los verdaderos valores de las palabras sin el remanso de paz que son las pausas. Los silencios son el rellano de la escalera en el que descansamos, a la vez que aprovechamos para ver el paisaje, la casa que habitamos o el cielo al que aspiramos, desde dentro, desde la emoción y el pensamiento.

El escritor alemán Heinrich Boll nos regaló una hermosa historia sobre el silencio y el derecho que tenemos a la soledad y al pensamiento. Los silencios del doctor Murke es una defensa de la individualidad, la estética de lo humano es la base de su escritura y sus personajes llenos de ironía defienden la búsqueda de un espacio propio.

Alberto Mangel en su hermoso libro sobre la historia de la lectura nos relata el sorprendente hallazgo de San Agustín cuando descubre la lectura en silencio. Esta práctica novedosa cambia el concepto de escritura y de percepción de lo escrito y del mundo.

La gente aprendió a leer sin sonidos. En un diálogo interior el lector se imbuía de las sensaciones, las imágenes y las ideas que proporcionaban las letras. Las personas se abstraían en un mundo mágico cuando abrían un libro.

¿Hay algo más hermoso que espiar a un ser querido leyendo? Es como si robásemos su imagen, como si rompiésemos algo sagrado en ese momento. La belleza de una persona abstraída en la lectura es una de las escenas reales más hermosas que podemos ver. Observar cómo se lee en silencio es como asistir al acto más íntimo de una persona.

Más en la vida cotidiana no logramos entender la relevancia que tiene ese espacio de encuentro con uno mismo tan importante para crecer.

Son tantos momentos inolvidables los que componen los momentos de escucha del silencio.

Gustavo Adolfo Bécquer en la rima VII hablaba del arpa dormida, del hermoso silencio que guardan las sonoras cuerdas, aún cuando nadie las toca.

Del salón en el ángulo oscuro,  
de su dueña tal vez olvidada,  
silenciosa y cubierta de polvo  
veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas  
como el pájaro duerme en las ramas,  
esperando la mano de nieve  
que sabe arrancarlas!

¡Ay! pensé; ¡cuántas veces el genio  
así duerme en el fondo del alma,  
y una voz, como Lázaro, espera  
que le diga: «¡Levántate y anda!».

La contemplación de un instrumento musical en silencio puede evocarnos todo un mundo de belleza, de construcciones artísticas tan hermosas y reales como el sonido directo en un teatro, cuando tañe la intérprete las cuerdas. Los momentos vividos y los momentos recordados son igual de reales. Los silencios propician la imaginación, crean imágenes y pensamientos que nos hacen entendernos y entender la realidad.

No me explico por qué, en nuestra sociedad, pretendemos ahogar los silencios. Gritamos sin necesidad, quizá porque creemos que así tendremos más razón. Nos inundan con programas de televisión, con fiestas, con aglomeraciones en las que la palabra es sofocada por un torrente arrollador de palabras gritadas, desgarradas, deshilachadas... Nos agobian llamadas de teléfono para ofrecernos inverosímiles oportunidades de compra. Timbres, sirenas y cláxones imparables irrumpen en nuestros sueños. Y las palabras asustadas se esconden entre las ramas de los árboles. Pobres palabras que pierden sugerencias, significados, valores. Una palabra dicha, o escrita, sin el silencio que la haga brillar, sacar todo su contenido, no relumbrará en el proceso de comunicación.

Por qué gritamos tanto, por qué personas sin pudor acribillan las palabras en tantos programas de la tele. No podemos acostumbrarnos a un lenguaje destemplado, desgredado o distorsionado. Es la lengua una caricia para el espíritu, es tesoro inmenso, inagotable, pues son tantas las combinaciones, las maneras de trabar un término con otro; son innumerables las expresiones, los ritmos y los hermosos sonidos... Pero tenemos que escuchar, con paciencia, con cuidado. No olvidemos que los momentos más importantes los plasmamos con susurros.

Tenemos que escuchar el silencio.

Yo, como el doctor Murke en su historia, construiré la mía con mis silencios, con mis pausas y la saborearé junto al mar, junto a mi mar de brisas y de espumas bravas.

Ernesto Rguez. Abad

Libro recomendado

Alberto Manguel, Una historia de la lectura.

El mundo de la lectura convierte a dóciles ciudadanos en seres racionales, pensantes y libres. Desde que San Agustín descubrió el placer de la lectura silenciosa hasta la actualidad el libro ha sido el descubrimiento más revolucionario de nuestra sociedad.

El autor desentraña ese espacio secreto que se establece entre el lector y el libro. Es esta una propuesta imprescindible para toda persona que se interese en el mundo de la lectura y de la cultura. Es una propuesta divertida, a la vez que nos adentra en un universo revelador y nos aclara la función del libro en la historia de la humanidad.